

# Centros de creación: de Kreuzberg al Poblenou

CARLES GUERRA

Kreuzberg y Poblenou son barrios que han conocido un desarrollo urbano de tipo postfordista. Desalojada la industria que les dio carácter a principios del siglo XX, uno en Berlín y el otro en Barcelona, ambos tuvieron que reinventarse el futuro. Pa-

da que hiciera el lugar más atractivo. Los planificadores se dieron cuenta de que antes de poner dinero en un sitio hay que asegurarse de que allí hay vida. Así, estos procesos que al principio se han desarrollado de manera espontánea, sin objetivos de rentabilidad económica, han acaba-

Dos imágenes del exterior de Glogauer, en Berlín



Gemeinde-Doppelschule in der Glogauerstrasse. Rektorenwohnhaus.  
LUDWIG HOFFMANN, Architekt in Berlin.



ra ello se recurrió a estrategias de comunicación en las que el gobierno, ya sea local o estatal, actuaba como asesor, más que como planificador. Después las administraciones pusieron las ideas y las inmobiliarias el capital financiero para renovar los espacios en desuso.

El problema llegó a mediados de los noventa, cuando las inversiones en nueva construcción no se vieron correspondidas por el mercado. Entonces, tanto Berlín como Barcelona, así como otras ciudades en la misma situación, adoptaron un nuevo modelo de regeneración urbana. Si en Berlín el sector musical fue pionero en la aventura de dar nuevos usos a lugares que esperaban una inminente capitalización, en Barcelona este fenómeno afectó al centro; a excepción de la sala de conciertos Zeleste, reabierta en una calle del Poblenou donde abundaban las empresas de transportes.

Pero pronto se vio que la inversión económica no bastaba para cambiar la reputación de un barrio; era necesario introducir un estilo de vi-

do siendo inducidos y controlados.

La primavera pasada el Ayuntamiento de Barcelona anunciaba una decena de nuevos centros de creación. Un buen número de equipamientos industriales van a ser adquiridos por la administración local. La intención de los responsables del área de cultura es, en el futuro, delegar su gestión en colectivos. Al presentar la propuesta en la víspera de las elecciones municipales, Jordi Martí -por aquel entonces mano derecha del concejal de Cultura- no disimuló que estaba inspirada en experiencias como la de Hangar, un centro de producción multimedia con diez años de existencia.

Hangar abrió en junio de 1997 por iniciativa de la Asociación de Artistas Visuales de Catalunya. Al lado de talleres industriales y en el centro del Poblenou empezó a ofrecer sus servicios a la comunidad de artistas. Durante todo este tiempo su papel en el barrio ha sido decisivo. No obstante, el verdadero impacto de su presencia ha pasado, en gran parte, inadvertido por usuarios y responsa-

**Glogauer y Hangar comparten la internacionalización de un fenómeno local, la reestructuración urbana mediante usos internos**

bles. Pocos artistas han tenido conciencia del proceso en el que, sin saberlo, tomaban parte. El discurso sobre las nuevas tecnologías, los medios de producción y las precarias condiciones laborales del mundo del arte, caballos de batalla en el colectivo de creadores, impidieron ver lo que estaba ocurriendo unas manzanas más abajo.

Las asociaciones de vecinos habían iniciado un intenso debate acerca de las transformaciones urbanas que afectaban al frente marítimo de Barcelona. El clímax de la discusión sobre el modelo de ciudad se alcanzaría en la víspera del Fórum 2004, otro gran acontecimiento programado por las administraciones como coartada de una remodelación urbana a gran escala. Exceptuando los

proyectos de Laia Sadurní y Vahida Ramujkic, que se dedicaban a pasear por la zona y a dibujar mapas de las incesantes transformaciones, en Hangar escasos artistas han prestado atención al papel del arte más allá de su circuito habitual.

Sin embargo, ese probable impacto del arte ahora busca ser imitado en otras zonas de Barcelona, lo que hace más evidente el significado de Hangar transcurridos diez años. El conflicto que estalló en el último año hizo aumentar la tensión en las inmediaciones del centro y movilizó a administraciones, vecinos, obreros de los talleres colindantes, activistas y artistas entorno al futuro que se cernía sobre el complejo fabril de Can Ricard, ejemplo de la arquitectura industrial del siglo XIX donde Hangar tiene sede.

Durante los últimos tiempos se han producido un buen número de documentales independientes que analizan dichas tensiones, lo que indica que hay mucho que aprender de ellas. La estrecha relación entre los productores culturales, las lu-



chas vecinales y el retroceso del trabajo clásico de fábrica se dan cita en el recinto donde se alberga Hangar. El director del centro, Pedro Soler, predecía en el mes de junio que la pérdida de estudios y espacios vacantes menguaría el número de artistas en la zona, como quien alerta de la desaparición de un bosque.

El argumento ha hecho fortuna, sin saber a ciencia cierta por qué y cómo el arte beneficia ciertos procesos urbanos. En Berlín, el artista Chema Alvargonzález adquirió en el año 2006 un edificio diseñado por Ludwig Hoffmann con el apoyo del senado de la ciudad. Una antigua escuela pública terminada en 1896 hoy alberga una decena de talleres para artistas. En la web donde el centro se presenta a sí mismo se asegura

que “el fomento del arte como herramienta para el desarrollo económico y social también forma parte del concepto de Glogauer”. De modo que la lección ha sido aprendida.

El barrio de Kreuzberg, donde está ubicado Glogauer, ha sido enclave de fábricas y comercio, zona de frontera con el muro que dividía la ciudad y en los años setenta y ochenta ámbito natural del movimiento punk y de ocupación. Como dijo el galerista alemán Matthias Arndt, lo interesante no es lo que se produce en estas condiciones, sino el conflicto en sí mismo. Las obras de los artistas serán peores o mejores, los arquitectos más o menos innovadores, pero sin duda, la más beneficiada es la creatividad colectiva.

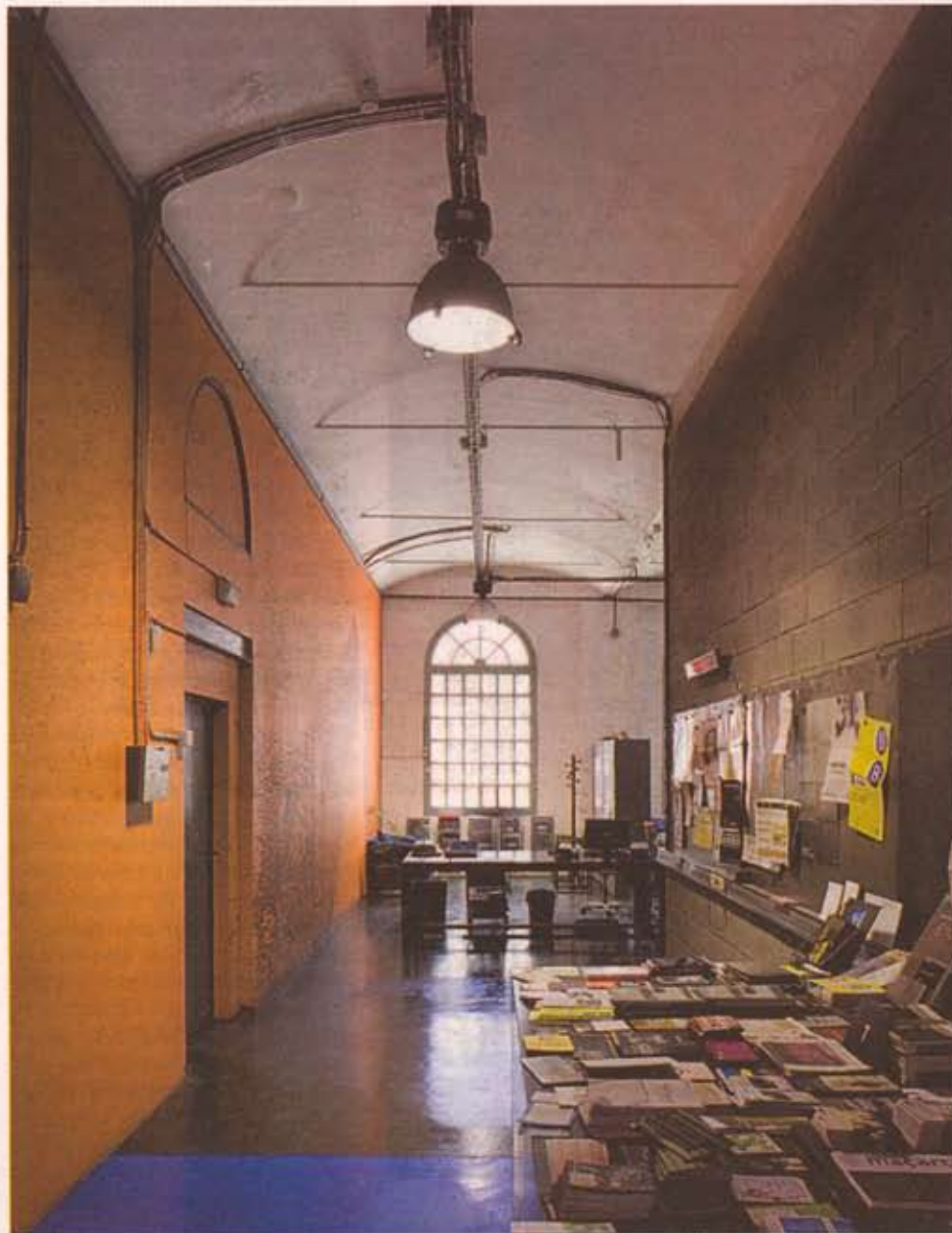
Berlín y Barcelona también –aun-

que de una manera menos obvia– han sabido extraer ganancias del entusiasmo generado por los discursos e imágenes del cambio urbano. Jesko Fezer y Axel John Wieder, copropietarios de una famosa librería del Mitte, analizaron este fenómeno en el contexto de la Tercera Bienal de Berlín. Su investigación revelaba que “las vacantes de la ciudad adolecían de un estatuto transicional que permitiera una negociación flexible”. Ellos describieron la ciudad como un espacio donde se dan ocupaciones y usos interinos, una fórmula que podría llegar a vincular los precios de los alquileres en el Mitte con la escena musical tras la caída del Muro de Berlín.

Esta lógica, poco verificable pero real, obsesiona a los planificadores

urbanos. Proyectos financiados por la Unión Europea a finales de los noventa, como el Urban Catalyst, escrutaron en detalle esta dinámica y la aplicaron a varias urbes. Lo cual demuestra que la tentación de reproducir este modelo de reestructuración urbana mediante usos interinos, y a voluntad, no se ha hecho esperar. Glogauer y Hangar, en tanto que centros de producción artística, son muy diferentes en su gestión y concepción, pero comparten la internacionalización de un fenómeno local que, mutatis mutandis, se repite en muchas otras ciudades.

A veces lo original del arte no está en sus resultados, sino en las condiciones con las que se produce y en la particularidad de las tensiones que le rodean. |



Imágenes del interior de Hangar, en Barcelona

FOTO: PEDRO PEGENAUTE